

# Padre Homero

No sabemos si era uno o muchos.  
Ni siquiera sabemos si existió  
o lo inventamos  
para dar un dueño y una leyenda  
a los poemas que fundaron  
el mundo en que vivimos.

Las cuencas vacías de sus ojos  
iluminan como dos soles  
las aguas, las islas y las playas  
del Mediterráneo.  
Tampoco sabemos si las historias  
que cantó tuvieron raíces  
en la historia real  
o fueron fantaseadas  
por su imaginación incandescente.

Yo lo adivino como un  
viejecito bondadoso  
y excéntrico  
divirtiendo a niños y ancianos  
con fabulosas aventuras  
de guerreros y monstruos  
en una época inusitada  
en que hombres y dioses  
andaban entreverados  
y las batallas se ganaban

con caballos de madera,  
elíxires y magias.

Lo diviso entre sombras y  
chisporroteo de fogatas, en  
aldeas con olor  
a vino y aceite,  
pulsando su lira  
acompañado por el murmullo del mar  
y la resaca,  
rodeado de caras expectantes.

Su fantasía y su verba  
embellecían las anécdotas  
que traían los marineros de sus viajes:  
las canciones voluptuosas  
de las sirenas,  
los mordiscos de Escila  
y los soplidos de Caribdis  
que hundían a los veleros  
y los naufragos que se tragaba  
Polifemo.

En el corazón de sus mitos  
palpitaban  
las chismografías de los ancianos,  
las endechas de las viudas y

las letanías de las madres  
cuyos hijos raptaron  
los piratas  
para convertirlos en remeros.

Imagino su cabeza como  
un volcán que crepita no lava  
ni fuego  
sino historias,  
una sinfonía de heroísmos,  
apariciones, pesadillas,  
bravatas, amores, hechicerías  
y fastuosas celebraciones  
de dioses y diosas  
con hombres y demonios.

Nadie sabía de dónde venía  
ni adónde iba.  
Sus barbas eran blancas y  
sus ojos, antes de vaciarse,  
habían sido azules.  
Su túnica tenía mil  
remiendos  
y sus sandalias  
tan gastadas  
habían dado la vuelta al mundo  
y al trasmundo.

El encanto de su voz  
la suavidad de sus palabras  
el color y la fosforescencia  
con que narraba  
daban a sus historias  
la fuerza contagiosa  
de la danza y la música,  
esa estela que perseguía  
a sus oyentes  
en el sueño  
y los incitaba a aprender sus versos  
de memoria  
a repetirlos  
de padres a hijos  
de pueblo en pueblo  
y de siglo en siglo,  
hasta nosotros.

Gracias, abuelo,  
inventor del Occidente.  
Qué pobre sería nuestra historia  
sin tus historias,  
qué mediocres  
nuestros sueños  
sin tus sueños. —

*San Pedro de Atacama,  
22 de febrero de 2008*